algar

Colección CALCETÍN

Las vacaciones de Tachín

Lucía Baquedano

Dibujos de Jacobo Fernández

Delicioso olor a chocolate

A Tachín le parecía que lo mejor del verano era ir al pueblo, a casa de los abuelos, porque además de ser una casa estupenda, iban todos los primos y lo pasaban de maravilla. Podían salir a jugar por las calles, que, por otra parte, no eran unas calles como las demás, pues, de repente, uno se podía encontrar con que pasaban unas vacas, o unas gallinas o un gato.

La casa de los abuelos olía bien, a cosas riquísimas, ya que la abuela hacía la comida y todo lo que guisaba olía ideal. Unas veces, a café; otras, a bizcocho, o a tocino frito o manzanas asadas. Le salía todo tan bueno que Tachín pensaba cada verano que, si en el colegio le dejaran hacer a ella la comida, a él no le quedaría nada en el plato.

Aunque Tachín ya estaba acostumbrado a deliciosos olores, el de aquel día lo dejó con la boca abierta de emoción. Olía a fritura de buñuelos, y esos sí que le salían buenos a su abuela. Pero también a chocolate del que ella hacía para rellenar tartas y pastelillos, por lo que, siguiendo la estela aromática, llegó hasta la cocina, asomó la cabeza por la puerta de la despensa y allí descubrió una bandeja llena de buñuelos ¡rellenos de chocolate!

Casi no lo podía creer y empezó a preguntarse cuánto faltaría para la hora de comer, porque seguro que aquellos buñuelos que parecían decir cómeme eran el postre, aunque no fuera el cumpleaños de ninguno de la familia.

Salió relamiéndose los labios de gusto, pero antes de cruzar la puerta volvió sobre sus pasos. Pensó que no estaría muy mal que se comiera uno de aquellos buñuelos. Eran tantos, tan llena estaba la bandeja, que no iba a notarse nada. Convenía, además, probar las comidas antes de sacarlas a la mesa. Quizás a la abuela se le había olvidado ponerles azúcar, y la pobre lo pasaría mal si alguien le dijera que estaban sosos. Si Tachín se comía uno, podría avisarla para que les pusiera más azúcar o más chocolate, en caso de que les faltara.

Así que cogió uno, lo mordió y, no, no le faltaba nada, porque aquellos buñuelos eran gloria bendita. Y por eso, porque eran gloria bendita, no pudo resistir la tentación de comerse otro, que todavía le pareció mejor que el anterior, por lo que le costó mucho separarse de la bandeja sin coger el tercero. Pero le preocupó que se notara que faltaban dos, ya que se veía un hueco en el centro, así que trató de ordenarlos para que la abuela no lo descubriera, pues ella siempre decía que no había que comer a deshora.

Lo malo, o, mejor dicho, lo bueno, fue que, tras removerlos para disimularlo, se encontró con que sobraba uno que no sabía dónde colocar, por lo que decidió que tendría que comérselo.

Y se lo estaba tragando, cuando lo llamó Julio, que vivía en la casa de enfrente y era

amigo suyo; así que cogió la bici de su primo Javier, que era más grande que la suya, y salió a la calle a toda velocidad.

Aquella mañana lo pasó mejor que nunca, y es que eso era lo que tenía el pueblo, que cada día se pasaba mejor. Estuvo con sus amigos y su primo Jaime andando en bici por un camino tan estrecho que las ramas de los árboles les rozaban en la cara, intentaron pescar cangrejos en el arroyo, pero no vieron ninguno aunque se mojaron mucho, y llevaron bellotas a unas cabras para que se las comieran.

Fue una mañana tan divertida que Tachín se olvidó de los buñuelos que le esperaban de postre. No volvió a pensar en ellos hasta después de comer, cuando estaba en la huerta jugando al Monopoly con sus primos, porque hacía tanto calor que las madres decidieron

T

que se tenían que quedar debajo de los manzanos. Y hasta ellos llegó el grito de Marta, la prima de Tachín.

–¿Quién ha escondido mis buñuelos?